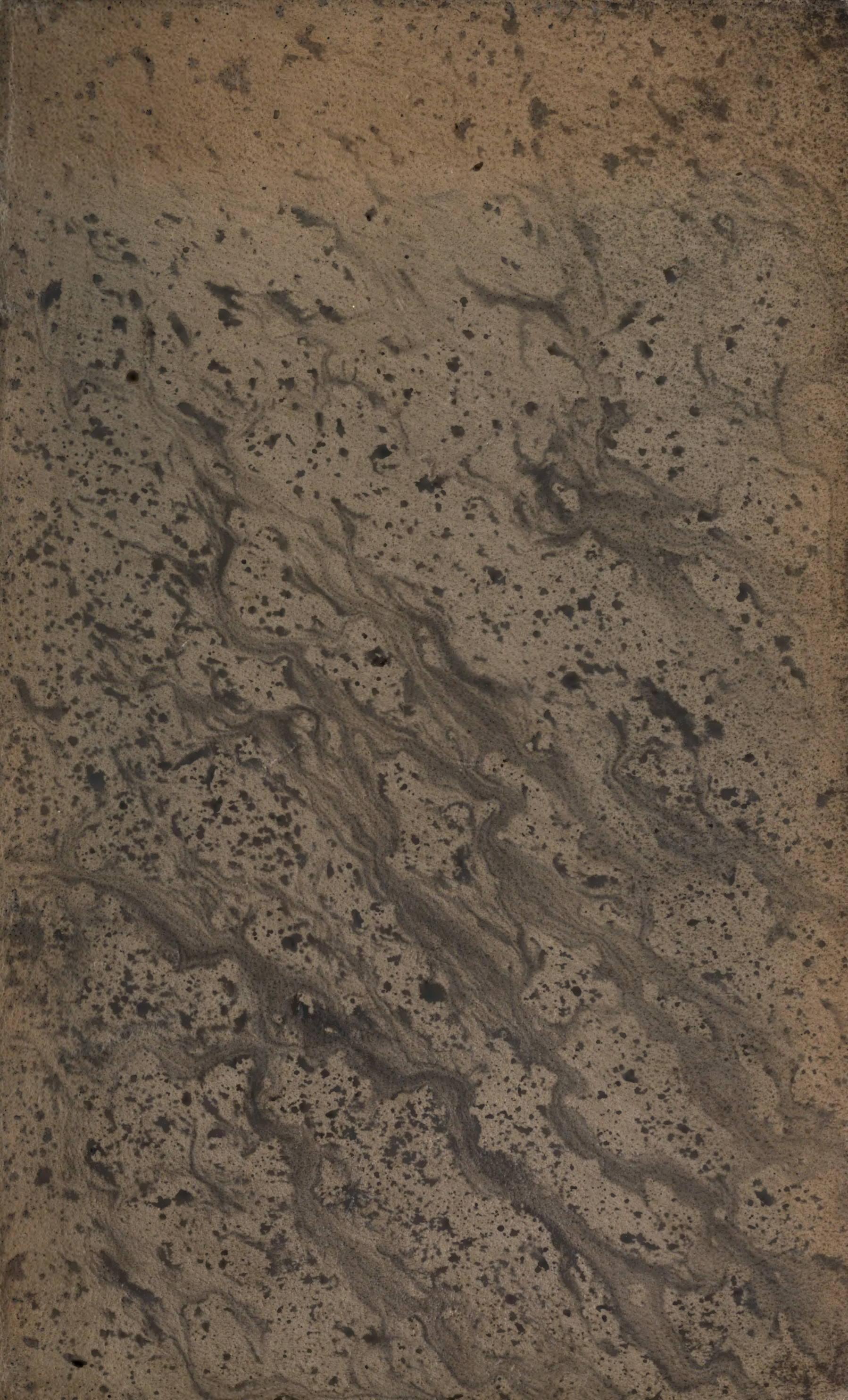


# AMARANTO

## COMEDIA DRAMÁTICA EN VERSO

EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

ORIGINAL DE

## NARCISO ALONSO CORTÉS

estrenada con aplauso extraordinario
en el Teatro de Calderón de la Barca, de Valladolid,
el día 15 de Febrero de 1921,
por la compañía de Ricardo Calvo.

SEGUNDA EDICIÓN



VALLADOLID:
Imprenta Castellana
1921

## REPARTO

—

| | |
|---|---|
| AMARANTO. . . . . . . . . | Carmen Moragas. |
| LA VENTERA. . . . . . . | Encarnación Lara. |
| BLASA. . . . . . . . . . | María Fuentes. |
| LA PRIORA. . . . . . . . | Matilde Pallarés. |
| SOR TERESA. . . . . . . | Luisa Calderón. |
| UNA DEL PUEBLO. . . . . | Julia Calvo. |
| FERNANDO. . . . . . . . | Ricardo Calvo. |
| CRISTÓBAL. . . . . . . . | Antonio Estévez. |
| GABRIEL.. . . . . . . . | Pedro Abad. |
| OROZCO.. . . . . . . . | José Romeu. |
| EL VENTERO. . . . . . . | Manuel Gutiérrez. |
| FRANCISCO.. . . . . . . | Rafael Calvo. |
| SOLDADO 1.º . . . . . . | Emilio Barreda. |
| IDEM 2.º.. . . . . . . . | Antonio Sánchez. |
| PÍCARO 1.º.. . . . . . . | Carlos Viaña. |
| IDEM 2.º.. . . . . . . . | F. Porredón Nestosa. |

Gente del pueblo.

La acción en un pueblo de Salamanca, á principios del siglo XVII.

# ACTO PRIMERO

Portal de una venta. A la derecha, fogón de campana. A la izquierda, escalera que conduce á las habitaciones altas.

## ESCENA PRIMERA

EL VENTERO, LA VENTERA, BLASA, SOLDADO 1.º, SOLDADO 2.º, gente del pueblo.

Al alzarse el telón, rodean todos a Blasa, que está en actitud de haber acabado un baile. Dos mujeres del pueblo tienen panderos.

SOLDADO 1.º ¡Bien baila la chacona!
SOLD. 2.º ¡Pardiez, quién lo diría!
SOLD. 1.º No he visto tanta gracia
ni tanta bizarría.
SOLD. 2.º ¡Decir que en una venta
se encuentre una villana
que aun en la corte fuera
la rosa más galana!
VENTERA Sabed, señor soldado,
que en estas soledades
tenemos muchas cosas
que no hay en las ciudades.
Sabed que son muy lindas
las mozas de esta aldea.
Decidme si entre todas
halláis alguna fea.
SOLD. 1.º ¡Mirad si la ventera
es expedita y clara!
¿Y vos también de joven
tendríais linda cara?
VENTERO Señor, en ese punto
responde su marido:

no había en Salamanca
un cuerpo más garrido

VENTERA Hacíamos, os juro,
la más gentil pareja.

SOLD. 1.° ¡Mirad cómo se explica
la presumida vieja!

SOLD. 2.° Decid: ¿y en esta venta
es uso la alegría?
¿Hay siempre en vuestra casa
igual algarabía?

VENTERO Señor, en los disantos
lo hacemos de esta suerte.
Aquí la gente joven
se junta y se divierte.
Aquí los que bien bailan
ostentan sus primores;
aquí a lucirse vienen
los buenos tañedores.
Con eso se nos pasan
las tardes divertidas.
Las fiestas de la corte
nos son desconocidas.
Aquí no hay distracciones
en calles y paseos,
ni patio de comedias,
ni cañas, ni torneos;
no hay damas arrogantes
de manto y de gorguera,
ni mozos de toquilla,
ni nobles de litera;
aquí, seor soldado,
para llegar o viejos,
nos basta una vihuela
y un jarro de Alaejos.

SOLD. 1.° ¿Y hay muchos caminantes
que pasen por la venta?

VENTERO Pues, si he de seros franco,
no sale mal la cuenta.
El sitio es pasajero,
y aquí, de todos lados,
diariamente acuden
arrieros y soldados;

no pocos hidalguillos
(que suelen ir sin blanca)
y muchos estudiantes
que van a Salamanca.
Es gente divertida,
de bulla y francachela,
que cantan y retozan
y tocan la vihuela.
Cuando ellos se aproximan
se alegra el pueblo entero,
aunque no vienen nunca
sobrados de dinero.

SOLD. 1.° ¡Mirad que no son mozos
de buenas intenciones!
Guardaos, buen amigo,
si son capigorrones.

VENTERO ¡Pardiez! Ya estoy en ello,
y el caso está previsto...
Aunque con los soldados
también hay que andar listo.
Cuando ellos huronean
corrales y cocinas,
emigran los perniles
y vuelan las gallinas.

SOLD. 1.° Sabed, amigo mío,
que somos gente honrada.

VENTERO A vos no me refiero
ni a vuestro camarada.
Sin duda que usarcedes
son gente de conciencia.

UNA DEL PUEBLO Nosotros, señor amo,
nos vamos, si hay licencia.

VENTERO Con Dios, que ya la fiesta
continuará otro día.

SOLD. 2.° Andad con Dios, muchachos,
y siga la alegría.

VENTERO ¡Adiós!
(Vanse. Quedan los venteros, los soldados y Francisco.)

SOLD. 1.° También nosotros
nos marcharemos luego.

VENTERO ¿Os vais?

SOLD. 1.° Para el soldado

no hay calma ni sosiego.
No más hacer el hato,
saldremos de la venta.

VENTERO Subid (A Francisco.) Y tú, Francisco,
ten del ganado cuenta.
(Los dos soldados suben por la escalera de las habitaciones altas. Los dos venteros, vanse por la puerta izquierda.)

## ESCENA II

FRANCISCO, luego BLASA.

FRANCISCO ¿Dónde estará? No ha salido
a ver la broma y el baile.
¡Siempre triste! ¡Siempre oculta
donde no la vea nadie!
Si yo pudiera librarla
de tristezas y pesares...
Pero ¿qué ha de hacer un hombre
asustadizo y cobarde,
un pobre mozo de venta
que, por su mal, nada sabe?
Ella... Bueno, al fin y al cabo
ella es también de mi clase;
es criada de la venta,
y friega, y trabaja, y barre,
y amasa el pan y le cuece,
y lleva el pienso a las aves,
y prepara la comida
de arrieros y trajinantes.
Mas yo tengo mis recelos,
que no siempre hay que fiarse
de apariencias, y Clorinda
puede engañar por el traje.
Es tan gentil y tan bella,
habla con tanto donaire
y tiene una cortesía
y un gesto y unos modales,
que, aunque ella lo disimule,
por lo graciosa y amable
más que criada de venta

parece dama importante.
En fin, no me desanimo;
tengamos calma. ¿Quién sabe?
Porque...

(Sale Blasa.)

BLASA ¡Vaya con el hombre!
Pero, mostrenco, ¿qué haces?
¿No hay sino pasar el tiempo
papando moscas al aire?
De seguro que pensabas
en Clorinda. ¡Vaya un lance!
¿Te has creído que una moza
de su cara y de su talle
puede fijar su mirada
en un animal tan grande?
Pues ¡ojo! que si algún día
llega mi tío a enterarse,
ten por cierto que te pone
a la puerta de la calle.

(Se oyen rumores al exterior.)

¿Eh? ¿Qué es eso? Algún viajero
llega en busca de hospedaje.
¡Jesús, vaya un alboroto! (Se asoma)
¡Ay, tío, los estudiantes! (Vase).

## ESCENA III

FRANCISCO; entra por la izquierda el VENTERO; por el foro, FERNANDO, CRISTÓBAL y GABRIEL, de estudiantes.

FERNANDO ¡Ah de la venta! ¡Puerta franca!
VENTERO Señores míos...
CRISTÓBAL Oíd, buen viejo:
para llegar a Salamanca
¿nos dais un trago de lo añejo?
Con el cansancio del camino
se va secando nuestra boca.
VENTERO Nobles mancebos: en punto a vino,
tengo Alaejos, Cazalla, Coca...
Tengo provista mi bodega
para serviros al instante.

Tal es mi gusto si el que llega
es, cual vosotros, estudiante.
Probaréis vino que a un difunto
con su olorcillo diera vida.

(A Francisco.)

Anda, muchacho, vete al punto
y tráete llena la medida (Vase Francisco.)

GABRIEL Gracias, patrón. Según infiero,
vas a limpiarnos de toda pena. (Se sientan.)

CRISTÓBAL Yo te aseguro, buen ventero,
que sabes más que mi Avicena.

VENTERO ¿Vais al estudio?

FERNANDO Por supuesto,
al noble estudio salmantino.

GABRIEL Voy a enfrascarme en un Digesto
más indigesto que tu vino.

VENTERO ¡Alegre vida la de estudiante!

FERNANDO ¡Ah, tú no sabes lo que dices!
¿Acaso crees, ignorante,
que a todas horas somos felices?
¿No ves que hay libros y centones
y hay juez de estudio y hay bedeles
y hay un diluvio de lecciones
de catedráticos crueles?

CRISTÓBAL ¡Pero qué diablo! no por eso
hay sinsabor que nos irrite,
pues muchas veces con exceso
nos procuramos el desquite.
También hay juego y aventuras
y novatadas y amoríos
y hay infinitas travesuras
donde se prueban nuestros bríos.
Con tales bromas y asonadas
no nos asusta nada aciago.

(Sale Francisco con un jarro y vasos de hojalata. Lo deja sobre la mesa y se va.)

GABRIEL ¡Aquí está el vino, camaradas!

FERNANDO *¡Nunc est bibendum!* ¡Vaya un trago!

(Beben.)

No es mal vinillo.

VENTERO Bueno y puro;
en el lagar lo vi yo mismo.

CRISTÓBAL Pero ¿es cristiano?
VENTERO Os aseguro
que está en espera del bautismo.
GABRIEL Que Dios te colme de alegrías
por tus mercedes, buen ventero,
y que tu venta en luengos días
alcance honores y dinero.
FERNANDO Ya se celebra por famosa
entre la gente de más cuenta.
VENTERO ¡Ah! pues si vierais otra cosa
que es el tesoro de la venta...
FERNANDO ¿Qué es ello, dime?
VENTERO Una criada.
FERNANDO ¡Me gusta el lance! ¿Y es muy linda?
VENTERO Aun siendo hermosa, es celebrada
por otros méritos Clorinda.
CRISTÓBAL ¿Méritos dices?
VENTERO ¡Ah, señores!
Son los que tiene muy diversos.
Recita y canta mil primores,
hace comedias, dice versos.
GABRIEL ¿Eso también?
VENTERO Su gracia es tanta
que no vi tal, con ser tan viejo.
No hay en Castilla comedianta
que la aventaje en el gracejo.
Si dice loas, maravilla,
si canta jácaras, suspende,
y tan modesta y tan sencilla,
de todo sabe, de todo entiende.
CRISTÓBAL ¡Bravo por Dios! ¿Y tal alhaja
lleva este oficio sin afrenta?
¿No se avergüenza ni rebaja
siendo criada de una venta?
FERNANDO Raro es por cierto. ¿Cómo y cuándo
vino a esta casa?
VENTERO Cierto día
llegó a la puerta preguntando
si a mi servicio la admitía.
Llegó en sazón tan oportuna
que en el instante fué aceptada,
y, fiel y dócil cual ninguna,

es desde entonces mi criada.
FERNANDO ¿Y es de estas tierras?
VENTERO Se sospecha,
aunque es tan grande su recato,
que de su vida hasta la fecha
no he traslucido ningún dato.
Tal es Clorinda.
FERNANDO ¡Nombre bello!
Es nombre propio de una dama.
VENTERO No sé de cierto qué habrá en ello,
mas, según dice, así se llama.
FERNANDO No hemos gozado su presencia,
y a la verdad que lo deploro.
Ya estoy muriendo de impaciencia
por conocer ese tesoro.
CRISTÓBAL También me place, lo confieso,
esta ocasión que se nos brinda.
VENTERO Pues esperad; si sólo es eso,
voy a serviros. ¡Sal, Clorinda!

## ESCENA IV

Dichos; AMARANTO

AMARANTO ¿Llamabais, señor amo?
VENTERO Sí, por cierto.
Escucha. Estos señores estudiantes
desean conocerte; mas te advierto
que han sabido tus gracias diferentes,
y me ruegan que cantes,
o digas un romance, o representes.
AMARANTO ¿Yo, mi amo? ¿Sabéis que estos señores
han visto en la ciudad cosas mejores?
¿No veis que allí hay comedias primorosas
y hay comediantas lindas y graciosas?
Yo, rústica criada,
nada puedo decir de su acomodo;
yo no los puedo divertir con nada
porque soy torpe en todo.
FERNANDO No, Clorinda; sabemos, por ventura,
que eres tan despejada como buena;

sabemos que tu gracia y donosura
son gentiles y raras,
y que, si fueses cómica, en la escena
a todas las demás aventajaras.

CRISTÓBAL Y sabemos también, o sospechamos,
que no eres, en verdad, lo que aparentas;
que no has nacido para andar con amos
por figones y ventas,
y que tu condición es muy distinta
de como tu capricho nos la pinta.

AMARANTO Señor, no tengáis duda:
yo soy una criada tosca y ruda,
de baja condición, de clase humilde,
aunque sin una tilde
que ponga mi honradez en entredicho;
no tengo padres, por desdicha mía,
y estoy en un mesón, no por capricho,
sino ganando el pan de cada día.

CRISTÓBAL ¿Cómo se explica entonces, linda moza,
que tengas multitud de habilidades
que llaman la atención? ¿Cómo has podido
la finura adquirir de las ciudades?
¿Cómo, dí, si has vivido
a estos trabajos rústicos sujeta,
tienes gracias y sales infinitas,
y cantas, y chanceas, y recitas,
y hablas como la dama más discreta?

AMARANTO Yo os lo diré, señor. Ha muchos meses,
antes de que viniera a estos lugares
y de sufrir trabajos y reveses,
a la corte marché. Tras los azares
que sufre toda moza de mi oficio,
el cielo me ayudó, y entré al servicio
de cierta comedianta,
que era gala y asombro de las gentes
por la armoniosa voz de su garganta
y por sus cualidades sorprendentes.
Acaso a vuestro oído
el nombre habrá llegado de mi ama;
el pueblo de Madrid, de quien ha sido
la delicia y encanto,
solamente la llama

por su nombre poético: Amaranto.
FERNANDO Sí, por cierto. Su fama
ha llegado a las aulas salmantinas,
y aquellos que en la corte
tuvieron de escucharla la fortuna,
hácense lenguas de su airoso porte,
y pregonan sus gracias peregrinas
y dicen que es discreta cual ninguna.
AMARANTO Ya supondréis, señores,
que al estar de Amaranto en compañía,
aprendí de finezas y primores,
y pude conversar día tras día
con damas y galanes,
y procuré igualar su cortesía
e imité sus palabras y ademanes.
Me afiné poco a poco; y entretanto
oía las palabras de Amaranto
cuando representaba, siempre atenta,
pendiente de su voz y de su canto;
y así, sin darme cuenta,
aprendí, ya un romance, ya una historia,
y cuanto al fin salía de sus labios
venía yo a saberlo de memoria.
CRISTÓBAL ¡Ah! Por algo, Clorinda,
tenías fama de discreta y linda.
¿Qué moza de servicio habrá que pueda
contigo competir? ¿Cuál tan señora
que merezca vestir damasco y seda?
¿Cuál tus diversas gracias atesora
ni a las famosas cómicas remeda
con tan raros alcances,
ni sería capaz, como tú eres,
de aprender cantilenas y romances?
GABRIEL ¡Oh prodigio y dechado de mujeres!
¡Gloria de las fregonas! Tu talento
ha de pasar muy pronto las fronteras,
y serás de las cómicas portento
y ganarás aplausos cuantos quieras.
FERNANDO ¡Simpar Clorinda! No es en la cocina
donde debes estar. Con tu hermosura
la corte sus halagos te destina.
Vete allí; deja ya esa vestidura;

ponte manto, basquiña, guardainfante,
júntate a la nobleza
y, con galas y joyas, arrogante,
muestra tu gallardía y gentileza.

VENTERO ¡Calma, calma; no tanto desatino!
No metáis a Clorinda en la cabeza
semejantes dislates,
que ha de parar, si sigue ese camino,
en la casa de orates.
No queráis que se vaya de esta aldea,
ni de esta venta, donde está tranquila,
que aquí la paz del campo la rodea
y no es todo bondad lo que se estila;
y aunque aquí nos parece cosa rara
por la gracia y beldad de su persona,
en la corte, de fijo no pasara
de ser lo mismo que es: una fregona.

AMARANTO No temáis, amo mío. Yo os prometo
que nunca dejaré vuestro servicio.
Más quiero este rincón, callado y quieto,
que de la corte el lujo y el bullicio.
Y aunque he escuchado atenta
una y otra alabanza,
sólo sirvo, de sobra se me alcanza,
para moza de venta.

CRISTÓBAL Pero, Clorinda bella, todavía
no nos has hecho oir alguna cosa
que nos muestre tu gracia y maestría.
Dinos, pues, unos versos; por instantes
deseamos oirte.

AMARANTO De antemano
os advierto, señores estudiantes,
que si esperáis prodigios, será en vano.

FERNANDO Todo lo que tú quieras; mas no es justo
que te niegues a cosa tan sencilla.

AMARANTO Corriente. Ya que es ese vuestro gusto,
oid una letrilla:

Quiero que me des tu amor,
y cuando tu amor me des,
al verte humilde a mis pies
te heriré con mi rigor.

Te consumirá el ardor
de inextinguibles hogueras,
y al ver que sufres de veras
me gozaré de tu suerte,
pues yo no quiero quererte
y quiero que tú me quieras.

Quiero herirte sin cesar
con mi enojo y mi despecho,
mas algo dentro del pecho
me hace a veces vacilar.
De ser dura, a mi pesar,
siento amarguras sinceras,
pero si tú lo supieras
me causarías la muerte,
pues yo no quiero quererte
y quiero que tú me quieras.

Creo que me amas, y creo
que puedo, como a enemigo,
ser implacable contigo
y jugar con tu deseo.
Pero en peligro me veo
si de tu amor desesperas,
y me asaltan dudas fieras
por el temor de perderte,
pues yo no quiero quererte
y quiero que tú me quieras.

Comprendo que dar en pago
de amor odio, es cosa dura;
mas, aunque sea locura,
con eso me satisfago.
Aunque escuches el halago
de palabras lisonjeras,
jamás, engañado, infieras
que te adoro, pues advierte
que yo no quiero quererte
y quiero que tú me quieras.

¿Cuál pena me traspasara
si, por desventura mía,

tú me odiaras algún día
y yo algún día te amara?
La pasión que nos separa
desvanece mis quimeras,
mas siento torturas fieras
al pensarlo de esa suerte,
pues yo no quiero quererte
y quiero que tú me quieras.

CRISTÓBAL ¡Bravo, bravo, Clorinda! Con tal arte
bien podría tu nombre ser famoso.

FERNANDO (Levantándose y acercándose a Amaranto con vehemencia.)
Absorto estoy, Clorinda, de escucharte,
y yo no sé, en verdad, de qué me admiro,
si de verte ignorada en el reposo
de este humilde retiro,
o de escuchar el mágico portento
que fluye en tus palabras y en tu acento.
Hablas perlas y plata.
De tu voz inefable surge y brota
un puro manantial, que gota a gota
en mis oídos cae y se dilata,
y en corrientes serenas
penetra en mi interior, y por mis venas
se difunde, y satura el alma mía
de ternura, consuelo y alegría.
Es la caricia próvida y fecunda
que avanza resbalando, resbalando,
y que mi ser inunda
y, al sosegar, se aduerme en lecho blando;
como, mansa y tranquila, la fontana
se extiende suavemente en la pradera,
y la riega, y la pule, y la engalana,
y es beso de verdor de primavera.

AMARANTO ¡Virgen de la Almudena! Decís cosas
que serán muy hermosas;
mas, como mi razón no las penetra,
no he entendido ni letra.
Divertiros fué sólo mi deseo.
¿Os agradó mi plática? *Laus Deo*.

VENTERO Perdonadme, señores;

si no mandáis vosotros lo contrario,
Clorinda ha de volver a sus labores;
falta mucho que hacer, y es necesario
cuanto antes despachar, pues imagino
que esta noche habrá gente de camino.

CRISTÓBAL Vaya con Dios Clorinda, la más linda
servidora de ventas y venteros,
y guarde Dios mil años a Clorinda
para consuelo y dicha de viajeros.

GABRIEL Clorinda, adiós. Sin lujos y sin pompa,
sigue por tu camino, humilde y franca,
que bien pronto la Fama con su trompa
cantará tu hermosura en Salamanca.

AMARANTO Adiós, señores. De hoy en adelante
os llevaré presentes, y no en vano,
que quien dijo estudiante
dijo noble, galán y cortesano.

(Vase Amaranto.)

CRISTÓBAL Es un primor. Tenéis, señor ventero,
moza de tales prendas, a fe mía,
que no puede pagarse con dinero.

GABRIEL En marcha, compañeros. Todavía,
si no falla mi cuenta,
hemos de andar dos leguas bien medradas.

FERNANDO ¿Sabéis lo que he pensado, camaradas?
Que yo voy a quedarme en esta venta
algunas horas más.

CRISTÓBAL ¿Y cómo es eso?
¡Mas... ya caigo! Clorinda... ¿Me equivoco?

GABRIEL ¡Clorinda, de seguro!

FERNANDO Poco a poco...

CRISTÓBAL ¿Y por qué has de negarlo? Te confieso
que la moza es divina, y no es extraño
que hayas perdido el seso.
Pues, nada, buena suerte.

FERNANDO Os acompaño
hasta el ejido.

CRISTÓBAL En marcha, que ya es tarde.
Queda con Dios, ventero.

VENTERO Dios os guarde.

(Vanse los tres por el foro; el Ventero por la izquierda.)

## ESCENA V

**PÍCARO 1.° y PÍCARO 2.°; luego SOLDADO 1.° y SOLDADO 2.°**

PÍCARO 1.° ¿Hay gente?
PÍCARO 2.° No hay nadie; pasa.
Es muy tranquila la casa
o está el amo de paseo.
Entra a descansar un rato,
que ha de salirnos barato
el descanso, a lo que veo.
PÍCARO 1.° No sospechen que buscamos
algo que no se ha perdido
y nos trinquen.
PÍCARO 2.° ¡Bah! Los amos
perdonarán un descuido.
Además, ya se imagina
que, si ocurriese algún lance,
nuestra intención no es dañina,
mas ¿qué hacer si a nuestro alcance
se presenta una gallina?
PÍCARO 1.° ¡Dura vida!
PÍCARO 2.° Dura y blanda.
¿Quién nos rige ni nos manda?
¿Qué riesgo nos intimida?
Nuestro es cuanto nos rodea.
Nuestra es la corte, y la aldea,
y el campo... ¡Nuestra es la vida!
¿Traes la baraja?
PÍCARO 1.° Aquí está.
(Saca la baraja.)
PÍCARO 2.° Bueno es tenerla dispuesta
por si sale, que saldrá,
un *blanco* que haga la fiesta.
Hay que prevenirse. A bien
que ya hicimos la *boyuda*,
pero, si se ofrece duda,
hay que acudir al *retén*.
Tú me prestarás tu ayuda
con *ballestilla* y *humillo*,

o, si lo ves más sencillo,
te vales del *panderete*.
Sobre todo, no te inquiete
ningún *cierto;* no te azores
y obra con calma y sigilo.
¿Me oyes?

PÍCARO 1.º Estáte tranquilo.
Sacaré todas las *flores*.

(Los dos soldados bajan la escalera. Uno de ellos lleva un hato, que una vez abajo, deja al pie de la escalera.)

PÍCARO 2.º ¡Calla! Bajan dos soldados.

(Guardan precipitadamente la baraja.)

SOLDADO 1.º ¡Hola! Pícaros tenemos.

PÍCARO 2.º Pícaros, mas muy honrados.

SOLDADO 1.º Mal casan esos extremos.
Buena gente sois de veras.
Dignos seréis, por los santos,
de remar en las galeras
y escuchar el *Sepan cuantos*.

PÍCARO 2.º Señor soldado, os prometo
que os engañáis. Limpios vamos.
Ni en nuestra vida hay secreto
ni a *gurapas* aspiramos.
Errantes y vagabundos,
corremos tierras y mundos,
llanos, vegas y montañas,
y así, por ambas Castillas,
presencian nuestras hazañas
pueblos, ciudades y villas.
Como centros de placer,
nos ofrecen, para brillo
de nuestra audacia y despejo,
Toledo, Zocodover,
Valladolid, el Corrillo,
y Segovia el Azoguejo.

(Mientras el Pícaro 2.º está hablando, el Pícaro 1.º registra el hato que dejó el soldado, y sale al exterior, de donde vuelve con una piedra.)

Allí, es cierto, noche y día,
ni callados ni cobardes,
hacemos nobles alardes
de arrogancia y valentía.

Si eso decís, aprobado,
pues lo tenemos a gala;
pero ¿hacer una acción mala?
¡Eso no, señor soldado!
(Coincidiendo con estas palabras, el Pícaro 1.º saca del hato un pan y unos chorizos y los sustituye por la piedra, escondiendo aquéllos bajo la capa.)

SOLD. 1.º ¿Dónde vais?
PÍCARO 2.º A Salamanca,
ciudad rica y excelente,
bien provista, donde hay gente
estudiantil, noble y franca.
Allí hay personas amigas
que nos reciben amantes
y alivian nuestras fatigas;
hay cantaletas, intrigas
y aventuras abundantes;
que pícaros y estudiantes
suelen hacer buenas migas.
SOLD. 2.º Pues, ojo alerta, paisanos;
guardaos de empresas viles,
no deis a la postre en manos
de corchetes y alguaciles.
PÍCARO 2.º Aunque son gente muy lista,
nada de malo hemos hecho.
SOLD. 1.º Ea, adiós.
SOLD. 2.º Hasta la vista.
PÍCARO 1.º Id con Dios, ¡y buen provecho! (Señalando con un movimiento de cabeza al hato que el Soldado 2.º ha cogido al hombro. Vanse los soldados.)
No se perdió la jornada.
Mira. (Enseñándole el pan y los chorizos.)
PÍCARO 2.º Ya he visto el amaño.
Pues en marcha, camarada,
que aquí ya no hacemos nada,
y si notan el engaño
puede fallar la jugada.
(Vanse.)

## ESCENA VI

FERNANDO, luego AMARANTO

FERNANDO Clorinda: extraña impresión
la que has causado en mi mente.
Es delirio, es obsesión;
es algo que tenazmente
se aferra a mi corazón.
No es caprichosa pasión
deleznable y repentina:
es una fuerza secreta
que me avasalla y domina,
que mi razón no interpreta
ni mi espíritu adivina.
¿Qué hay en tí que me alucina
y a tus ojos me sujeta?
¿Tienes algo de divina
para hacerte idolatrada,
o llevas en la mirada
un misterio que fascina?
No, Clorinda; tú no eres
la criada de una venta;
tú, dechado de mujeres,
ocultas algún arcano
que te puso sin afrenta
en ese oficio villano.
¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?
¿Por qué azar te conocí?
¿Qué misterio hay en tu vida
que, sin causa conocida,
me atrae fatalmente a ti
y abre en mi pecho honda herida?
No sé; mas ¿qué importa, al cabo?
Por más heridas que abras,
quiero escuchar tus palabras
y seguirte como esclavo.
(Sale Amaranto, que se detiene sorprendida).
¡Clorinda!

AMARANTO ¡Cómo! ¿En la venta

vuestra merced todavía?

FERNANDO Sí, Clorinda; quien se ausenta
de aquí, retorna al momento,
o de la ausencia sombría
lleva siempre el sentimiento.

AMARANTO ¿Por qué, señor?

FERNANDO Algo existe
que del alma se apodera,
que hace estar alegre y triste,
que anuncia bienes y males,
y, embargando el alma entera,
va persiguiendo doquiera
al que pisa estos umbrales.

AMARANTO ¡Miren qué raro! ¿Y qué imán
es el que atrae al galán?
¿Qué tienen estas paredes
pardas y medio caídas
que despiertan ese afán,
y dónde están esas redes
al caminante tendidas?
Aquí, señor, sólo veis
un mal corral, cuatro o seis
habitaciones medianas,
una venta casi en ruina
con unas cuantas ventanas,
un carrejo, una cocina,
unas colgaduras toscas,
un ajuar modesto y breve,
y en invierno mucha nieve
y en verano muchas moscas.
¿Qué es, pues, lo que os cautivó?

FERNANDO No voy a ocultarte, no,
lo que en mis labios rebosa:
eres tú, Clorinda hermosa,
quien me ha cautivado.

AMARANTO ¿Yo?

FERNANDO Sí, Clorinda, tu atractivo
hízome de amor cautivo;
y no finjas, que es vano:
de tu porte cortesano
mal ocultas la apariencia.
La blancura de tu mano,

la gracia de tu presencia,
la esbeltez de tus contornos
que piden galas y adornos,
todo, en fin, dice y pregona
que es tu origen muy distinto
al que muestra tu persona
en este humilde recinto.

AMARANTO Vuestra merced, señor mío,
padece de una manía.
Soy nada más, os lo fío,
la moza de una hostería;
no hay engaño en mi atavío
ni en mis palabras falsía,
y en mí nadie encontraría
finura ni señorío.

FERNANDO Pues bien, Clorinda, no importa.
Para mi mirada absorta
y mi pasión exaltada,
nada, en verdad, interesa
que seas una princesa
o seas una criada.
No. Como quiera que seas,
yo te adoro, y mi amor puro
vence a todas las ideas.
Rendido y enamorado,
jamás desde hoy, te lo juro,
me apartaré de tu lado.

AMARANTO Una ilusión pasajera
os forja tales anhelos.
Si yo mi amor os rindiera
lo tendríais a desdoro.

FERNANDO ¡No, Clorinda! ¡Yo te adoro
como Dios está en los cielos!
(Pausa.)
Clorinda, escucha un instante.
Yo, como todo estudiante,
tengo al arte del teatro
gran afición; más de cuatro
comedias sé de memoria,
y hasta llevo a vanagloria
mi aptitud de comediante.
¿Recuerdas tal vez, Clorinda,

aquella escena tan linda
donde el galán y la dama
se revelan su cariño,
en aquella que se llama:
*Amor es ciego y es niño?*

AMARANTO Por su emoción e interés
la conozco sin tropiezo.

FERNANDO ¿Quieres recitarla, pues?

AMARANTO Al instante, si tal es
vuestro gusto.

FERNANDO Pues empiezo.

(Adoptan la actitud de representar una escena.)

Señora: si al bajar de la litera
dirigís la mirada a vuestro lado,
advertiréis que inmóvil os espera
un galán embozado.
Ese galán, que vive sin sosiego,
no puede dirigiros un saludo.
Al ver vuestra hermosura queda mudo,
y al mirar vuestros ojos queda ciego.
¿Veis, señora, al medroso cervatillo
que al llegar la afanosa montería
franquea con terror riscos y breñas,
y huyendo de la rápida jauría
va a esconderse en el hueco de las peñas?
Tal es ese galán. Vuestra mirada
es saeta acerada
que le atraviesa el pecho;
quiere emprender la huída,
mas el triste, sangrando de la herida,
cae en tierra maltrecho.
Sed buena, y desde ahora
tenedle compasión, noble señora.
Miradle, sí, miradle fijamente,
que sin mirarle vos también muriera;
mas miradle, señora, de manera
que no sufra su pecho y se ensangriente.
Al disparar las flechas homicidas,
enviad, indulgente,
el bálsamo que cure las heridas.

AMARANTO Jamás, sabedlo bien, he sospechado
que un pobre corazón sin esperanza

padeciera a mi lado.
He visto, al descender de la litera,
al galán embozado que me espera;
mas ni le infiero nunca, despiadada,
los crueles rigores que él advierte,
ni le quiero enviar en la mirada
el estrago y la muerte.
Que lo comprenda así. ¿Sabéis acaso
quién es ese galán? ¿Por qué motivo
al acercarme yo redobla el paso
y se aleja callado y pensativo?
Si lo sabéis, decidle, yo os lo ruego,
que recobre el sosiego.
Que no imite al medroso cervatillo
que en la veloz huída busca amparo.
Es mucho más sencillo
que permanezca quieto y hable claro.
Hable, pues; he de oirle en mi presencia
con la atención precisa,
y si habla con soltura y elocuencia,
el premio le daré de una sonrisa.
(Sonríe.)

FERNANDO ¡Ah, señora, seguid! Sólo de oiros,
advierto que ante mí se abre la gloria,
cesa mi afán, se acallan mis suspiros
y me ampara una imagen ilusoria.
¿Luego no sois cruel? ¿Luego en los ojos
no lleváis jabalinas ni saetas?
¿Luego no os complacéis en los despojos
de un pobre corazón, ni halláis contento
en las ansias secretas
de ese galán, que vive sin aliento?
¡Hablad, hablad! ¡Resuene vuestro acento.
que me llega del alma a lo profundo,
aunque vuestras palabras sólo sean
el consuelo que dais a un moribundo!

AMARANTO ¿Quién habla de morir? ¡Buena locura!
Donde reina el amor, reina la vida,
y la llaga de amor pronto se cura
si hay quien ponga unos besos en la herida,
¿Busca médico acaso
ese galán pacato del embozo?

FERNANDO ¡Temblando estoy, señora,
de emoción y de gozo!
Yo soy ese galán que os adora
y se rinde al amor que le subyuga;
el que os está esperando hora tras hora
y emprende al llegar vos cobarde fuga.
Me ha salvado, de cierto,
este consuelo, como vos bendito:
de amor, noble señora, estaba muerto
y sólo con oíros resucito.
Mas si el oír mis frases os desdora
y no halláis mis amores lisonjeros,
decídmelo, señora,
y moriré otra vez por complaceros.
(Pausa. Amaranto permanece pensativa.)
¿Callas, Clorinda?

AMARANTO La escena
ya terminó,
y representáis, por cierto,
con gran primor.

FERNANDO No importa quiero sin treguas
oír tu voz;
quiero que aquí continuemos
juntos los dos,
y quiero que al fin te abrase
la llama inmensa de mi pasión.
Como el galán embozado
soy también yo.
Dime, Clorinda, si me amas;
dilo, por Dios.
Yo te adoro, y no pregunto
tu condición.
Si eres moza de una venta,
nada importa: noble soy;
si eres reina, de tu trono
te arrancará mi valor.
Princesa, dama o pastora,
te entrego mi corazón,
donde se encierra un cariño
puro y limpio como el sol.

AMARANTO ¿Insistís en vuestra idea?
Mirad, señor,

que eso es no más un capricho
que os ofuscó.
Yo quedo muy complacida
de vuestro amor,
mas es nube de verano
que se deshará veloz.

FERNANDO ¿Luego tú, Clorinda hermosa,
no desdeñas mi pasión?
¿Iluminará mi vida
un rayo consolador?
¡Dime si puedo adorarte!
¡Dilo, Clorinda, por Dios,
y en una leve esperanza
se sostendrá mi ilusión!

AMARANTO ¿A qué negaros que siento
algo que me atrae a vos?
¿Algo que yo no distingo
si es simpatía o amor,
pero que me hace escucharos
con interés y emoción?

FERNANDO ¡Ah, Clorinda! ¡Soy dichoso!

AMARANTO Tan cierto es esto, que voy
a quebrantar el secreto
que llevo en el corazón.
Es cierto: bajo este traje
disimulo lo que soy.

FERNANDO ¡Ah! ¿No eres moza de venta?
¿No es ese tu nombre?

AMARANTO No.
Soy la cómica Amaranto.

FERNANDO ¡Oh, grata revelación!
¡Mas, sí ¡Debí presumirlo!
La maestría, el primor
con que recitabas versos...
Mas, dime: ¿qué te impulsó
a caer en el humilde
oficio que tienes hoy
y a sumirte en la tristeza
de este apartado rincón?

AMARANTO Os lo voy a decir todo;
pero prometedme vos
que jamás este secreto

revelaréis.

FERNANDO ¡Por mi honor!

AMARANTO Oidme, pües. Feliz y celebrada,
era el encanto y gala de la corte
que me otorgaba vítores y elogios.
Ninguna comedianta recibía
los aplausos que yo. Nobles, plebeyos,
acudían al patio de comedias
para admirar las gracias de Amaranto,
y mis dichos, cual cosa extraordinaria,
corrían por Madrid de boca en boca.
Era dichosa, en fin; mas cierto día
me requirió de amores un mancebo
gallardo a fe. ¡Como gentil de cuerpo
era horrible de espíritu! Sus frases,
de atractivo falaz, me cautivaron.
Le rendí, confiada, mi albedrío,
y él, que para ganarse mis favores
fué tierno y suplicante, al verme suya
se convirtió en un déspota grosero.
Era un hombre sin alma y sin conciencia,
de vida maleante, que arrastraba
entre el hampa su crímenes y vicios.
Duelista y reñidor, bajo su espada
cayeron a traición cien infelices,
y en el abismo de sus malas artes
dejaron su caudal muchos incautos.
Fuí sü víctima, en fin. Con violencia
me comenzó a exigir cuanto ganaba,
malbarató mis joyas, e iracundo
me maltrató mil veces.

FERNANDO ¡Ah, villano!

AMARANTO Quise huir de sü lado; del teatro
me retiré; escondíme donde pude;
me ausenté de la corte... pero siempre
conseguía encontrarme, y más furioso
se vengaba con bárbaros castigos.
Mi temor fué indecible; cierto día,
no pudiendo sufrir tanto martirio,
una vez más huí, resuelta a todo,
y en busca de refugio más lejano,

a este pueblo llegué de Salamanca;
me disfracé con rústicos vestidos
y pedí en esta venta un acomodo.
He conseguido, al fin, por este medio
las pesquisas burlar de aquel malvado,
y, aunque en tan baja condición, ya vivo
sin temores, tranquila y descuidada.
Explicado tenéis por qué Amaranto,
que fué gala y honor de la comedia,
renunció a los aplausos y loores
y convirtióse en moza de servicio.

FERNANDO Te he escuchado, Amaranto, atentamente,
y tanto me conmueven tus desdichas
como me indigna la conducta infame
de ese hombre sin honor ¡Quién, Amaranto,
te hubiese en aquel tiempo conocido
para vengar tus cuitas, y su espada
hundir, lleno de horror y de coraje,
en el pecho villano de aquel hombre!
Pero todo, Amaranto, ha concluído.
No temas ya, que juntos desde ahora,
tendrás quien te defienda y quien te adore.
Yo a tus plantas pondré mi vida entera,
tuyo será mi honor, mi nombre tuyo,
y sin penas ni llantos que te ahoguen,
verás cómo el amor te hace dichosa.
¿No lo piensas así?

AMARANTO Será misterio;
será tal vez designio inescrutable,
mas al hallarte aquí por vez primera,
«Ese—pensé—será quien me liberte
del pesar infinito que me abruma;
ese será quien borre de mi pecho,
con su bendito amor, otro maldito.»

FERNANDO ¡Oh, Amaranto!

AMARANTO ¿No ves cuando amanece
que se ahuyentan las sombras de la noche
y en el campo sereno se derrama
confusa claridad, y poco a poco
el alba, como reina de la vida,
su túnica despliega transparente,
y tras ella, asomando en los picachos,

el sol yergue su frente luminosa?
¿No ves entonces disiparse raudas
la duda y la tristeza, y al instante
resurgir, como imágenes celestes,
la ilusión, la alegría, la esperanza?
Eso me pasa a mí. Mi triste vida
fué una lóbrega noche, eterna noche,
y hoy veo que, a través de las tinieblas,
la aurora de tu amor surge risueña.

FERNANDO ¡Oh, sí! Yo te amaré; yo para siempre
te haré feliz, y siempre esclavo tuyo,
te sembraré de flores el camino,
y besaré tus huellas, y tus sienes
ceñiré de guirnaldas y de besos.

AMARANTO Mas calla, se oyen pasos...

FERNANDO ¡Amaranto!
Piensa siempre en mi amor.

AMARANTO Y tú en el mío.

FERNANDO Adiós, mi dueño, adiós.

AMARANTO Hasta muy pronto.

(Vase Amaranto por la izquierda; Fernando por el foro.)

## ESCENA VII

FRANCISCO, que ha estado escuchando.

FRANCISCO ¡Malhaya! Mi esperanza
del todo está perdida.
Ya al estudiante intruso
su amor rindió Clorinda.
Mas no, no me sorprende.
¿Cómo esperar podía
que a un infeliz criado,
sin luces ni malicia,
hiciese caso nunca
una mujer tan linda?
¡Ay, Dios! Aquella moza
tan llana y tan sencilla,
es una comedianta
por todos aplaudida;

encanto de la corte,
de públicos delicia,
y, en fin, la más famosa
de España y de sus Indias.
Mas ¡bah! pobre Francisco,
por eso no te aflijas.
Son malos los amores
con tales señorías,
y a ti más te conviene,
para vivir sin cuitas,
una mujer del pueblo
tan fiel como rolliza,
que baile si tú bailas,
que, si tú ríes, ría,
que cumpla sus deberes,
que sea honrada y limpia,
que cueza buenos hornos,
que bielde buenas trillas,
y que de vez en cuando
te aumente la familia.
Lo dicho: ¿quién se apura
por causa tan mezquina?
¡Desdenes amorosos
no roban la alegría! (Vase.)

## ESCENA VIII

AMARANTO, luego OROZCO

AMARANTO ¡Dios mío! Ya se llena
mi corazón de dicha.
Ya el torcedor horrible
de mi dolor se alivia.
Ya marchan a lo lejos
mis penas fugitivas,
y de una nueva aurora
la luz radiante y limpia,
de mi existencia triste
la lobreguez disipa.
Un hombre honrado y bueno

me ofrece amor y vida,
y, hambrienta de cariño,
le escucho con delicia.
¡Huíd, horribles horas
de angustias infinitas!
¡Imagen execrable!
¡No tornes a mi vista!
¡Ya el nuevo sol alumbra
tras las lejanas cimas!
¡Ya con sus rayos de oro
mi espíritu ilumina!
(Orozco aparece en la puerta del foro. Amaranto vase sin verle.)

OROZCO ¡Ya te encontré, Amaranto!
¡Ah, pobre! ¡Ya eres mía!

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

## CUADRO PRIMERO

Un cuarto de la venta. Puerta al foro; próxima a ella, una ventana.

## ESCENA PRIMERA

FERNANDO, AMARANTO

FERNANDO Así: ya entre sombras mi vida no avanza
ni ya, desolado, tu sér se contrista.
Un mundo risueño de amor y esperanza
se ofrece a mi vista.
Contigo, Amaranto, las penas ignoro;
me das tu cariño, que guarda un tesoro
de dichas eternas,
y tú, con los dulces rigores que adoro,
mis pasos diriges, mi vida gobiernas.
¿Qué vale del mundo la gloria fingida?
¿qué valen las dichas mezcladas en llanto?
Mi dicha, mi gloria, mi fama, mi vida,
las tiene Amaranto.

AMARANTO De hoy más ¡oh Fernando! terminen mis
las horas serenas [penas;
mi sueño acaricien y alegren mis días;
desde hoy, escuchando tu amante palabra,
el iris se abra
de mis alegrías.
Dolor implacable me estaba matando,
y tú, generoso, remedio me ofreces.
Con un lenitivo tan dulce, Fernando,
de mis amarguras me cobro con creces.

Escucha: yo quiero que nuestros amores
se oculten avaros en tierra lejana,
en un rinconcito con aves y flores
y en un día eterno sin hoy ni mañana.
Allí, retirados del mundo cobarde,
sabré procurarte reposo halagüeño.
Seré cuidadoso lebrel que te guarde;
seré fiel esclava que vele tu sueño.
Allí, de frondoso ramaje a la sombra,
el césped tupido darános su alfombra,
la agreste campiña sus hondas fragancias,
y allí, bajo el palio de nuestra fortuna,
en noches de luna
te iré recitando sonetos y estancias.

FERNANDO ¡Oh, hermosa Amaranto!

AMARANTO Después, si tú quieres,
diré cien comedias que causen tu agrado,
o bien, evocando lejanos placeres,
cantaré canciones del tiempo pasado.

FERNANDO Es cierto, marchemos; ya es bien que aban-
la venta aldeana que fué tu guarida; [dones
sigamos la ruta de tus ilusiones;
busquemos muy lejos la paz escondida.
¡Oh, sí! De la venta saldremos mañana;
saldremos apenas despunte la aurora.
Después... dondequiera serás mi sultana,
mi reina y señora.

AMARANTO Al irme dichosa, no dejo sin pena
la venta risueña que me ha dado asilo,
la que me albergaba de miedos ajena,
la que me ha prestado refugio tranquilo.
Aquí mi destierro feliz he pasado;
aquí tuve días de paz y contento;
aquí me ví libre de aquel desalmado
que fué mi tormento.

FERNANDO No traigas recuerdos de cosas ingratas.
Conmigo rescatas
la paz que tu pecho buscaba anhelante.
Tus días felices comienzan hoy mismo.
Atrás, ya muy lejos, dejaste un abismo.
No vuelvas la vista; ve siempre adelante.

(Pausa.)

Mas ya se hace tarde, y es fuerza que
avise al ventero de nuestra partida. [ahora
Espera un momento: vendré sin demora,
aunque, al ausentarme, te dejo la vida.

AMARANTO Me asaltan temores cuando estás ausente.

FERNANDO Ten calma y no temas, que en ti voy pen-
[sando.

AMARANTO Ve, pues, y no tardes, que espero impa-
[ciente.

FERNANDO Adiós, amor mío.

AMARANTO Adiós, mi Fernando.

(Vase Fernando.)

## ESCENA II

AMARANTO, luego OROZCO

AMARANTO ¡Momento dichoso! Mañana temprano
veré terminada mi larga agonía.
El hombre que adoro condúceme ufano
al nido secreto de nuestra alegría.
Mi espíritu amante, que andaba errabundo,
al fin ve logrado su ardiente deseo.
Con él, con Fernando, iré al fin del mundo.
Con él soy dichosa... (Orozco se presenta en la puerta, sonriente y cruzado de brazos. Amaranto advierte su presencia. Aterrorizada, da un grito y se tapa la cara con las manos.)
¡Dios mío, qué veo!

OROZCO (Entrando.) ¿Te asustas, Amaranto ¿No pen-
[sabas
ver a Orozco jamás en este sitio?
¿Creíste que el amante abandonado
no lograría dar con tu escondrijo?
¡En verdad que encontraste buen albergue
para burlar los pasos del más listo!
¡Ni el diablo te hallaría en esta venta
bajo el disfraz de moza de servicio!
Mas de nada valieron tus ardides;
yo, Amaranto, sé más que el diablo mismo,

y voy, para buscar a mi Amaranto,
al centro de la tierra, si es preciso.

AMARANTO ¡Infame!...

OROZCO ¡Qué cruel! ¿No tienes duelo
del infeliz Orozco? ¡Probrecillo!
(Irónicamente.)
¿No te da compasión ver mi tristeza
ni te aflige mi bárbaro martirio?
¡Y yo que sólo pienso en Amaranto!
¡Yo que sin ella enfermo y agonizo!
¿Lo ves? El llanto arrasa mis pupilas.
Ya me tienes llorando como un niño.
(Ríe a carcajadas.)

AMARANTO ¿Qué quieres, di?

OROZCO Ten calma; no te alarmes.
Lo que quiero, Amaranto, es muy sencillo.
Quiero que te arrepientas de tus actos;
que vuelvas sin tardar al lado mío;
que, una vez en la corte, dulcemente
hagamos, como tórtolos, el nido;
que volviendo al teatro, como es justo,
ganes dinero y lauros infinitos;
y que dejes, en fin, las aventuras
que buscas por aldeas y caminos.
Vuelve a ser, como siempre, comedianta.
Vámonos a Madrid.

AMARANTO ¡Nunca contigo!
¡Por no ver tu persona, que aborrezco,
hiciera los mayores sacrificios!
¡Jamás, jamás!

OROZCO Ten calma; reflexiona.
Ya sabes que es muy grande mi cariño.
Vamos a ver: ¿qué has hecho desde el día
que huiste de mi lado? ¡Lo adivino!
Ir al azar de un pueblo en otro pueblo;
exponerte a fatigas y peligros,
y verte en soledad, sin una frase
de amor, y sentir hambre, y sentir frío.
Todo para caer en una venta,
y ofrecerte, del modo más indigno,
a ejecutar, cual mísera criada,
los viles menesteres del oficio.

Ya lo ves. ¡Y gozabas a mi lado
un vivir tan alegre, tan tranquilo!...
¡En el mundo son muchos los ingratos!
¡Razón tuvo, Amaranto, quien lo dijo!

AMARANTO ¡A tu lado, jamás!

OROZCO ¡Qué terca eres!
¿Qué has de hacer, Amaranto, sin mi arrimo?
La corte te reclama; ve a la corte
y vuelve por tu fama y tu prestigio.
El público, que siempre fué tu siervo,
está por tus ausencias afligido,
y en cuanto te presentes en la escena
te colmará de aplausos y cariños.

AMARANTO Ni quiero contestar a tus palabras
ni comprendo tu audacia y tu cinismo.
¡Tú, el malvado sin alma y sin conciencia,
el que vivió en la crápula y el vicio,
el que fué mi verdugo despiadado
y me llenó de ofensas y castigos!
¡Tú hablándome de amor y de alegría!
¡Tú a mis ojos tan tierno y tan sumiso!
Mas... ya sé. No consigues con vilezas
tu vida sostener de libertino,
y supones que yo, como otras veces,
la víctima seré de tus caprichos.
Vienes, cual de costumbre, a maltratarme,
a robarme la paz y el albedrío,
a vivir sin pudor de mi trabajo,
a cebar en mi sangre tus instintos.
Esta vez te equivocas: ya soy fuerte.
Puedes marcharte solo; no te sigo.
Antes que soportar tus crueldades,
me dejara matar en este sitio.

OROZCO Amaranto, no tientes mi paciencia,
no rechaces la paz con que te brindo,
mira que el ruego tierno y cariñoso
se cambiará en furor y en extravío.
Mira que, por el ruego o por la fuerza,
habrás de someter tu genio altivo,
y al fin, como otras veces, a mis plantas
al verte sola pedirás auxilio.
Es inútil que quieras resistirte.

¿Lo oyes bien? Te lo mando, te lo exijo.
Soy tu dueño y señor; es necesario
que acates sin protesta mis designios.
Nada habrá que se oponga a mi mandato;
nada que me detenga en mi camino.

AMARANTO ¡Ah, monstruo, te equivocas! En mi pecho
hay un poder que raya en el delirio;
es una fuerza extraña, que muy pronto
vencerá tus propósitos malditos.
Me inspiras aversión, rabia, despecho.
Vete ya de mis ojos: te abomino.
Eres el sér más despreciable: vete.
No me asustan venganzas ni peligros.
El desprecio mortal que hacia ti siento,
me da valor para luchar contigo.
Quisiera en mis palabras arrojarte
todo el odio que guarda el pecho mío,
para cubrir tu rostro de vergüenza
y anularte, y hundirte en el abismo.

OROZCO ¡Ea, ya se acabó! ¡Sígueme al punto!

AMARANTO ¡No!

OROZCO ¿Luego te resistes?

AMARANTO ¡Me resisto!

OROZCO ¡Pues te juro, pardiez, ya que te obstinas,
que no te olvirás de mi castigo!
(Orozco quiere obligar a que Amaranto le siga por la violencia. Forcejean.)

AMARANTO ¡Villano!

OROZCO ¡Has de venir donde yo quiera!
¡Te llevaré arrastrando, si es preciso!

## ESCENA III

Dichos, FERNANDO

FERNANDO (Saliendo y arrancando enérgicamente a Orozco.)
¡Cobarde! ¡Por la luz que nos alumbra
he de arrancarte el corazón maldito!
¡Quien pega a una mujer, como tú lo haces,
es cien veces peor que un asesino!

¿Quién es este hombre? (A Amaranto.)

AMARANTO ¡Es... *él!*

FERNANDO ¡Oh, Dios, qué escucho!
¡Es el torpe rufián, el hombre inicuo
que mancilló tu nombre, y despiadado
te sometió a torturas y martirios?
¡Ganas tenía, infame, de encontrarte
para lavar con sangre tus delitos,
y saciar mis deseos de venganza,
y destruírte, como a un sér dañino!

OROZCO (Entre medroso y provocativo.)
¿Y tú quién eres, di? ¿Quién te da entrada
en cosas que no son de tu dominio?
¿Quién te ha llamado aquí? ¿Quién te per-
la plática turbar de dos amigos? [mite

FERNANDO Soy... quien castigará tus felonías;
quien viene a destruír tu plan indigno;
quien, al saber la historia de esta mártir,
la ampara y la defiende en su retiro;
soy, en fin, quien la estima y la comprende
mejor que tú, traidor, la has comprendido,
y quien por verla libre y venturosa,
ha de hacer los mayores sacrificios.

OROZCO ¡Ah, vamos, ya comprendo! Eres sin duda
un cortejo, un galán antojadizo,
y estás haciendo méritos y pruebas
para ser de Amaranto el favorito.

AMARANTO Sí, malvado; es un hombre que me adora;
un hombre de conciencia, noble y digno,
y que, cual yo del suyo, lealmente
dispone de mi amor, puro y rendido.

FERNANDO Ya sabes, pues, quién soy, y por mi vida
que si en algo te estimas, desde hoy mismo
mirarás a esta dama con respeto
y echarás sus amores al olvido.
Me pertenece ya; nadie en el mundo
puede ya disputarme su cariño.
Desde hoy, sin acordarse del pasado,
libre y dichosa vivirá conmigo.

OROZCO ¿Y quién te ha dicho a ti, por vida mía,
que yo voy impasible a consentirlo?

FERNANDO ¿Y quién te ha dicho a ti que tú me inquietes

ni que yo necesite tu permiso?

OROZCO Es que...

FERNANDO Basta: no añado una palabra;
lo que quise decirte, ya está dicho.
Haz cuenta que Amaranto ya no existe;
déjala en paz, y sigue tu camino.

OROZCO Bien, me voy; mas ni quedo satisfecho
ni creas que por ello me resigno.
Sábelo: quien me la hace me la paga,
y no consiento burlas de enemigos.
(Vase).

AMARANTO (Toma la mano de Fernando; éste pasa la suya por la espalda de Amaranto, y así marchan hacia lateral izquierda).
¡Ten cuidado, por Dios! Ese cobarde
se arroja a la traición y al homicidio.

FERNANDO No tengas miedo alguno. De traidores
jamás las asechanzas he temido.
Además, Amaranto, en mi defensa
llevo un arma, tu amor, que me da bríos.
¿Qué riesgos en la vida han de asustarme
si tu amor, Amaranto, va conmigo?
(Vanse.)

## ESCENA IV

EL VENTERO, la VENTERA

VENTERA ¿Conque Clorinda nos deja?

VENTERO Disponiendo el viaje está.
Ha encontrado su pareja
y con ella se nos va.
Mas la tal Clorinda, a fe,
no es Clorinda.

VENTERA Ya lo sé;
es la cómica Amaranto,
y en otro tiempo el encanto
de los cortesanos fué.

VENTERO ¡Oh, sí! Fué la maravilla
de magnates y señores;
la nobleza de Castilla

la colmaba de favores.
Y a un dicen que a estremo tal
alcanzó su nombradía,
que el mismo rey cierto día
la llevó al palacio real.

VENTERA ¡Vaya, vaya! Quién diría
que aquella moza de venta
siempre servicial y atenta
a cumplir con sus deberes,
que fregaba y que barría
y gozaba en sus quehaceres,
tan modesta y hacendosa,
fuese al fin de la jornada
una cómica famosa
por los reyes celebrada.

VENTERO Mucho lo siento en verdad.
¿Quién con la destreza suya
habrá que la sustituya
ni iguale su actividad?
Limpia, modosa, dispuesta,
todo lo encontraba hecho.
Lo que es criada como esta
no hemos de hallar, lo sospecho.

VENTERA ¿Y el galán?

VENTERO ¿Quién? ¿Don Fernando
el estudiante? ¡Pardiez!
Según voy averiguando
es mozo de alcurnia y prez.
Creo que sus padres son
hidalgos de la Montaña;
son viejos, y la opinión
de ricos los acompaña;
pues tienen tierras y prados
y encinares y ganados,
aunque, amantes del sosiego,
viven felices y honrados
en su rincón solariego.
Ciegos están por el mozo;
cifran todo su alborozo
en verle doctor y sabio,
y él, que es un hijo obediente
y jamás les hizo agravio,

a los estudios se aplica,
y sabe honrar, finalmente,
su ascendencia ilustre y rica.

VENTERA Mas sus padres ¿qué dirán
cuando sepan que el galán
adora a una comedianta?

VENTERO De fijo no será tanta
su alegría; mas lo cierto
es que el galán está muerto
por ella, y aunque su fama
sufra con ello quebranto,
no ha de ceder. Quien bien ama...

VENTERA ¡Calla, que viene Amaranto!

## ESCENA V

Dichos, AMARANTO

AMARANTO Amigos míos, ya en breve
os daré la despedida.

VENTERO Ya lo sé; el amor te mueve
a ir en busca de otra vida.
Gloria, bienestar, riquezas...
Bien haces; no temas nada,
que hoy a ser feliz empiezas.
No eres la tosca criada
que fingiste en tus tristezas;
eres la gala del arte,
la cómica celebrada,
y haces bien en elevarte
a la altura codiciada.

VENTERO Clorinda... digo, Amaranto:
al ausentarte de aquí,
quiero que te acuerdes tanto
como nosotros de ti.
Ya has visto que en esta casa
no has padecido estrecheces,
y nunca pusimos tasa
al afecto que mereces;
pues, sin hacerte un desdén,

uno y otro te tratamos,
no, en verdad, como tus ámos:
como tus padres más bien.

AMARANTO Todo es muy cierto, y os juro
que aunque el curso de mi historia
se desvíe en lo futuro,
siempre os tendré en la memoria.
Fuisteis para mi muy buenos
y yo soy agradecida:
en mi desdichada vida
son los días más serenos
los que aquí pasé escondida.
Por eso, si alguna vez
venís a mí, yo os prometo
que mi amor y mi respeto
honrarán vuestra vejez.

VENTERO ¿Eres dichosa?

AMARANTO ¡Dios mío!
No lo fuí tanto jamás.

VENTERO Con Fernando encontrarás
la paz.

AMARANTO En eso confío.
Fernando es bueno y me adora;
será noble, amante y fiel,
y yo seré junto a él
a un tiempo esclava y señora.
Si sus padres, por mi mal,
rechazan mi amor leal
por ser una comedianta,
y frente a mí se levanta
la indignación paternal,
yo correré persuasiva
y me arrojaré a sus pies,
y sabrán que me cautiva
el amor, no el interés;
y al cabo, con la eficacia
de mi humilde sumisión,
por no hacer nuestra desgracia
se rendirán al perdón.

(Se oye ruido dentro.)

VENTERO ¿Qué ruido es ese?

## ESCENA VI

Dichos, FRANCISCO

FRANCISCO ¡Dios santo!
VENTERO ¿Qué sucede?
FRANCISCO Es una cosa
increíble, pavorosa.
VENTERO ¡Habla!
FRANCISCO ¡Dios mío, qué espanto!
VENTERO ¡Dilo, pardiez!
FRANCISCO ¡Si no puedo!
¡No me deja hablar el miedo!
Escuchad. Hace un instante
salió de aquí el estudiante.
AMARANTO ¡Díos mío!
FRANCISCO Sí, don Fernando.
A que saliera esperando,
y muy próximo a la puerta,
un hombre, a quien no conozco,
estaba en la calle alerta.
AMARANTO ¡Es él! ¡Es él! ¡Es Orozco!
FRANCISCO Al salir...
AMARANTO ¡Virgen sagrada,
acaba ya!
FRANCISCO El desalmado
le descargó una estocada.
AMARANTO ¡Dios del cielo!
FRANCISCO Y le ha matado.
VENTERO ¡Corramos!
(Vanse los venteros y Francisco.)
AMARANTO !Fernando mío!
¡Mi solo amor! ¡Muerto, muerto!
Quiero verle.
(Va a salir. Orozco, saltando por la ventana, se lo impide.)

## ESCENA VII

Dicha, OROZCO

OROZCO — No por cierto,
que estoy yo aquí.
AMARANTO — ¡Monstruo impío!
¡Asesino de mi amor!
¡Vete, vete de mi vista,
porque acaso no resista
mi cólera y mi dolor!
OROZCO — Se interpuso en mi camino
y tenía que morir.
AMARANTO — ¡Vete ya! ¡No quiero oír
tus palabras, asesino!
OROZCO — Vendrás conmigo.
AMARANTO — ¡No tal!
¡Primero me mataría!
OROZCO — ¡Ven! (Pretendiendo llevarla.)
AMARANTO — ¡Que no toque a la mía
esa mano criminal!
Le has matado, sí; tu mano
ha segado en flor la vida
de mi amante, de mi hermano.
Quisiera con la mirada
herirte, vil homicida,
y matarte, y ser vengada.
OROZCO — ¡Basta ya! ¡Vente conmigo!
AMARANTO — ¡Jamás, y si a mí te llegas,
yo sabré darte el castigo!
OROZCO — ¡Por fuerza! (Quiere llevarse violentamente a Amaranto; ésta se resiste; luchan.)
AMARANTO — ¡Suelta, malvado!
¡No te basta el vil alarde
de tu pérfido atentado!...
OROZCO — ¡Ha de ser! (Rápidamente, Amaranto se apodera de la daga que lleva al cinto Orozco, y la hunde en el pecho de éste.)
AMARANTO — ¡Toma, cobarde!
OROZCO — ¡Muerto soy! (Desplomándose en tierra.)
AMARANTO — ¡Ya me he vengado!

## ESCENA VIII

**Dicha, el VENTERO, la VENTERA y FRANCISCO, que al entrar por el foro quedan espantados e inmóviles al ver el cadáver de Orozco.**

VENTERO ¡Díos mío!

AMARANTO ¡Sí, le maté!
El mató mi amor. No siento
la venganza que tomé.
El causó mi desventura,
y en su delito nefando
encontró la sepultura.
¡Pague con su vida impura
la vida de mi Fernando!

(Arroja la daga y se va por el foro. El Ventero, la Ventera y Francisco se acercan al cadáver de Orozco.)

TELÓN

# EPÍLOGO

Huerto de un convento. A la derecha, pórtico de entrada al mismo; a la izquierda, una cruz de piedra, con su pedestal. Al alzarse el telón, déjanse oir en el interior del convento, durante breves instantes, los ecos del órgano.

## ESCENA I

La PRIORA, SOR TERESA

PRIORA ¿Habéis visto ya a la hermana
Encarnación?
SOR TER. Sí por cierto.
PRIORA ¿Está más tranquila?
SOR TER. Está.
Conforme transcurre el tiempo
lleva sus amargas penas
con ánimo más sereno.
PRIORA ¿Habla de sus desventuras?
SOR TER. Jamás evoca un recuerdo,
y aunque en su misma zozobra
se adivina un sentimiento
que parte su corazón,
lo calla y sufre en silencio.
A veces, mal de su grado,
el llanto ahoga su pecho,
y un raudal de ardientes lágrimas
inunda sus ojos negros;
mas sabe buscar muy pronto
resignación y consuelo,

y se entrega fervorosa
a la devoción y al rezo.

PRIORA ¡Infeliz! A no dudarlo
es mucho su sufrimiento,
y sólo en la fe divina
puede encontrar el remedio.
¡Dichosa al fin si en el claustro
halla alivio a sus tormentos
y sobre su pobre espíritu
cae el bálsamo del cielo!

SOR TER. Mucho padece. Al principio,
cuando vino a este convento,
parecía enajenada;
la acometían accesos
de locura, y desvariaba,
y se mesaba el cabello,
y lanzaba horribles gritos
de indignación y de miedo;
mas esta inquietud extrema
pasó pronto, porque luego
vino a dar en un estado
de angustia y abatimiento.
Apenas habla; sus ojos
no tienen luz ni destellos;
pasa las horas inmóvil,
callada, mirando al suelo,
y al verla tan taciturna,
sin ánimo, sin aliento,
más bien parece una muerta
que anda por extraño esfuerzo.

PRIORA Decidme: ¿dónde está ahora?

SOR TER. De seguro no muy lejos,
pues siempre busca retiro
en la soledad del huerto.
Aquí pasa largos ratos
absorta en sus pensamientos,
escondida entre el ramaje
de los árboles espesos.
Aquí contempla las flores
como en éxtasis eterno,
o el gorjeo de las aves
escucha con embeleso.

PRIORA Buscadla. Su pesadumbre
me tiene intranquila, y temo
por su salud. ¡Dios permita
que al fin recobre el sosiego!
(Vanse.)

## ESCENA II

AMARANTO, de monja.

AMARANTO Las dichas del amor caen al esfuerzo
de la adversa fortuna y sus rigores,
como al impulso bárbaro del cierzo
caen del árbol las hojas y las flores.
A lo lejos, de súbito, aparece
una impensada luz, incierta y vaga.
Es una luz que oscila y se estremece,
una luz que se extingue, que se apaga.
¡Rayo fugaz, de ráfagas divinas,
que de raudo esplendor la vida pueblas!
¿Por qué mi pobre espíritu iluminas
para sumirle luego en las tinieblas?
A tu indecisa luz, apenas brillas,
se abre un piélago torvo e imponente.
¡Un piélago sin fondo y sin orillas
donde el amor se anega eternamente!
¿Dónde está la alegría de tu llama?
¿Dónde el vivo fulgor, dónde la lumbre?
¡Ya el ocaso sus luces desparrama
bajo la vespertina pesadumbre!
¡Ayer, ayer! El día que agoniza
de las almas se lleva los despojos,
saltan las ilusiones en ceniza
y se llenan de lágrimas los ojos.
Ayer, bajo la paz de horas felices
y en un presente libre de asechanzas,
florecían, con lujo de matices,
jardines, y placeres, y esperanzas.
Resonaban rumores de misterio,
ecos de amor, fluir de manantiales,
y en las brancas, con notas de salterio,

susurraban las ráfagas vernales.
Se oían de las almas los latidos
y el flébil crepitar de la simiente,
y caricias fecundas en los nidos
y promesas de vida en el ambiente.
Y luego los rumores en la fronda
se apagan, de la tarde a los reflejos,
como una vibración intensa y honda,
que se pierde a lo lejos, a lo lejos...
Y a los rayos de un día moribundo
gime la creación estremecida,
y se extinguen del alma en lo profundo
la luz, y los amores, y la vida.
(Pausa.)

## ESCENA III

**Dicha; SOR TERESA, que ha salido un momento antes y se queda contemplando cariñosamente a Amaranto.**

SOR TER. Hermana: ¿cómo estáis tan pensativa?
¿Os sentís mal? ¿Queréis alguna cosa?
Mitigad la tristeza que os cautiva
y mostraos más firme y animosa.
Alzad vuestra mirada al Infinito
y tened más quietud, y haceos fuerte.
AMARANTO Muchas gracias, hermana. Necesito
una sola quietud: la de la muerte.
¡Si vierais cómo pesa una cadena
que se arrastra sin tregua ni consuelo!
SOR TER. Nunca podrá mataros una pena
si recibís el bálsamo del cielo.
Pensad en otra vida sobrehumana,
y de Dios al servicio
seréis feliz, hermana.
AMARANTO ¡No sabéis qué espantoso es el suplicio
de llevar encubierta
bajo un cuerpo que vive un alma muerta!
SOR TER. Rezad, rezad; el rezo es un remedio
que del triste mortal los males cura.
AMARANTO El rezo, sí; con él cesa el asedio
de mi afán, y se aplaca mi tortura.

Sólo el favor divino me da vida
y mi dolor apaga;
si quito su beleño de la herida,
siento escapar mi vida por la llaga.

SOR TER. Mas no, hermana; es preciso
que llevéis vuestros males con paciencia.
Hermana, Dios lo quiso
y debéis acatar su Omnipotencia.
Si así os abandonáis a la congoja,
moriréis, y el Supremo no lo quiere.

AMARANTO ¡Morir, morir! La muerte no despoja
a quien vive muriendo y nunca muere.
Una vida sin vida, no se trunca
ni al tedio, ni al dolor, ni a la tristeza.
Cuando no he muerto ya, tened certeza
de que no muero nunca.

SOR TER. Entrad en el convento;
meditad en la celda, y el reposo
os ha de aminorar el sufrimiento;
desechad las ideas tenebrosas
y poned en el cielo la esperanza,
que del claustro en la dulce bienandanza
aún podéis atraeros las venturas
con que bendice Dios las almas puras.
Venid conmigo, pues.

AMARANTO Dejadme, hermana.
En la paz de este huerto solitario,
siempre en espera de otra paz lejana,
recorro poco a poco mi calvario.
Su consuelo los árboles me ofrecen
mientras la ayuda del Señor imploro,
y las flores de mí se compadecen
y hasta las aves lloran cuando lloro.

SOR TER. Si eso queréis, os dejo.

AMARANTO Desolada,
veré sin tregua arder mi fuego interno.

SOR TER. Pues no quitéis del cielo la mirada
y en la dicha pensad del bien eterno.

(Sor Teresa entra en el convento. Pausa. Déjanse oír nuevamente los ecos del órgano. Amaranto se dirige lentamente hacia la cruz; póstrase ante ella de rodillas, y con lentitud, en acento de íntimo sentimiento, recita los siguientes versos, los mismos con que terminó Fernando la escena representada en la venta.)

Yo soy ese galán que os adora
y se rinde al dolor que le subyuga;
el que os está esperando hora tras hora
y emprende al llegar vos cobarde fuga.
Me ha salvado, de cierto,
este consuelo, como vos bendito:
de amor, noble señora, estaba muerto
y sólo con oíros resucito.
Mas si el oír mis frases os desdora
y no halláis mis amores lisonjeros,
decídmelo, señora,
y moriré otra vez por complaceros.
(Inclínase sollozando sobre el pedestal, con el rostro entre las manos.)

TELÓN



